

I Certamen Internacional de e-relatos breves



la cerilla mágica

organiza

patrocina

diseño y comunicación



I Certamen Internacional de e-relatos cortos “La cerilla mágica”

Varios autores (finalistas)

© 2007. Publicatuslibros.com / La cerilla mágica

Todos los derechos reservados a favor de Íttakus, sociedad de la información, S.L.

© Portada diseño y difusión de la obra: Íttakus

Edición cortesía de www.publicatuslibros.com quedando rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra sin expresa autorización de su autor.

Publicatuslibros.com es una iniciativa de:

Íttakus, sociedad para la información, S.L.

CIF B 23576481

C/ Sierra Mágina, 10.

23009 Jaén-España

www.ittakus.com



El Jurado compuesto por los escritores Carlos Murciano, Alejandro Pérez, Antero Jiménez y la Catedrática de Literatura, Mercedes Moreno ha decidido declarar ganador del I Certamen Internacional de e-relatos cortos "La cerilla mágica" patrocinado por la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, a la obra "Heimis Algoris" de José Manuel Alonso (España).

A esta primera convocatoria han acudido un total de 400 participantes de 23 países distintos (España, Estados Unidos, Alemania, Argentina, México, Perú, Chile, Colombia, Uruguay, Venezuela, Cuba, El Salvador, Bolivia, Guatemala, Canadá, Puerto Rico, Ecuador, Nicaragua, Honduras, Italia, Holanda, Gran Bretaña e Israel).

Los diez relatos finalistas de los que ha salido el ganador han sido: "Sigue siendo invierno" de Alejandro Simón (España); "Carta a un nogal" de Rosa Vidal (España); "El buhonero" de Ana Torres (España); "Un dolor helado" de Javier López (Argentina); "Él, hijo de" Ana Jácome (Méjico); "En aquel frío pueblo de invierno" de Araceli Beltrán (España); "Hiemis Algoris" de José Manuel Alonso (España); "Mariposa de cera" de Gisela Vanesa (Argentina); "Mi hermano Invierno" de Lylia González (Uruguay); "Nieve" de Marta Blanco (España).

El premio está dotado con 1.000 euros en metálico y fue entregado por Sra Delegada Provincial de Cultura de la Junta de Andalucía, Dña Francisca Company al autor presente en el acto, el alicantino José Manuel Alonso.

ÍNDICE

- “Hiemis Algoris” de José Manuel Alonso (España)**
- “Mariposa de cera” de Gisela Vanesa (Argentina)**
- “Un dolor helado” de Javier López (Argentina)**
- “Nieve” de Marta Blanco (España)**
- “El buhonero” de Ana Torres (España)**
- “En aquel frío pueblo de invierno” de Araceli Beltrán (España)**
- “Él, hijo de” Ana Jácome (Méjico)**
- “Carta a un nogal” de Rosa Vidal (España)**
- “Mi hermano Invierno” de Lylia González (Uruguay)**
- “Sigue siendo invierno” de Alejandro Simón (España)**

“Hiemis Algoris” de José Manuel Alonso (España)

Fueron las primeras luces del alba las que le vieron llegar. Amanecía. Los cárabos y las lechuzas, fatigados, se retiraban a sus cobijos después de otra noche de matanza mientras en una colina, entre las altas hierbas, un venado ya viejo despertaba antes de tiempo y miraba hacia lo alto con desasosiego.

Venía en un carro fabricado con nubes oscuras y arrastrado por los últimos vientos magnánimos de Otoño. Una llovizna pegajosa, fría, hacía de lacayo sumiso y pregonero anunciando, entre otras cosas, el final de mimos y bonanzas. “Que cada cual – proclamaba - se fuera preparando”. Se apeó quedamente, sin ruidos, como si no quisiera molestar. Estaba desnudo. Su viaje había sido largo... nada menos que nueve meses yendo de acá para allá, pero su amigo y compañero de siempre le recibió sin sorpresa puesto que hacía ya varios días que había previsto su llegada. Simplemente le dijo:

- Todo está preparado. No seas muy duro...

Él no contestó. El silencio era su lenguaje preferido y su mirada incolora estaba fija en el horizonte. Además, nunca daba explicaciones. Se limitó a ejecutar un gesto de despedida. Él era como era y conocía sus deberes muy bien. Traía un equipaje ligero, una maleta hecha de siglos que abrió con cuidado, pausadamente. Sacó del interior una túnica blanca, nieve sobre nieve, que se pondría en breve - con seguridad en los días siguientes - aunque de momento, optó por cubrirse con una niebla densa y rastrera con el fin de que, sin ver nada, todos le vieran.

Sacó también vientos helados para vestir muchas tardes y dispuso con esmero, en un rincón, una buena provisión de recias escarchas. Las lluvias serían abundantes. En la maleta traía montones de ellas y algunas, por cierto, se derramarían torrencialmente. Consultó con atención el mapa que se extendía ante él y señaló, con dedo frío, varios países. Todos los años escogía algunos en los que aplicaba rigores especiales porque, siendo quien era, le gustaba hacerse sentir y una de sus satisfacciones era escuchar cómo, en muchas ocasiones, le llamaban cruel. La mañana avanzó, atemorizada, y lo primero que hizo fue apagar el sol brillante. Usó para ello las mismas nubes opacas que le habían servido de carro y un grueso velo confeccionado con brumas. Dispuso para ese día y para todos los venideros sólo una luz mortecina, blanca, y se aseguró de que las horas fueran más cortas. A cambio, las noches serían en lo sucesivo más oscuras – como a él le gustaban – y más largas. Dejaría, tal vez, que de cuando en cuando la luna colara una gélida luz en medio de la negrura para complacer a todos aquellos que, con dedos ateridos, quisieran escribir unos versos. Siempre le habían gustado los poetas.

Unos cuervos volaron por encima de un campo yermo y, como todos los años hacía, les advirtió sin contemplaciones, casi por señas, que estuvieran atentos para recoger despojos.

Así fue como llegaron los días de frío. El viento arrancó sin miramientos hasta la última hoja que aún resistía y azotó los barrancos ululando entre las

peñas. Los cárabos dejaron de salir muchas noches y otras muchas se acostaron con hambre. Quedaron anegados los páramos. Tardó poco, tal como había prometido, en vestirse de blanco y cayó nieve abundante. El pueblo perdido en el valle quedó casi oculto y enterrado... tan disimulado, tan callado, que sólo algunos jirones grises del humo de las chimeneas delataron su existencia. El calor era tan escaso... En los aleros se formaron chuzos puntiagudos y en una calle, esperando a un amiguete, un niño tiritó, lleno de mocos, mientras observaba las brozas arrastradas por un arroyuelo advenedizo. Iban a ir a patinar. El río grande se había quedado rígido.

Examinó con curiosidad el mapa. En algunos países las gentes celebraban estos acontecimientos con cánticos dulces y luces de adorno. A él no le parecía mal y a veces, incluso, era condescendiente y hacía que la capa de nieve fuera más gruesa. “Los pobres – pensaba – se divierten como pueden”. Precisamente, en su maleta hecha de siglos guardaba muchos recuerdos de épocas pasadas y comprendía que, con unas vidas tan cortas, lo mejor era aprovechar todos y cada uno de los días para intentar ser felices. Hacía años que escuchaba en muchos sitios aquello de “¡Feliz Navidad!”.

Un día, no obstante, tocaron las campanas en el pueblo perdido en el valle. Dentro del campo santo un ataúd blanco aguardaba: el pobre muchacho no pudo resistir las fiebres y con tanto frío... Entre los asistentes, un niño tiritó de nuevo lleno de mocos y también lleno de lágrimas, y vio como tapaban para siempre la caja que guardaba el cuerpo de su amiguete. Temblaron las palabras de todos aquellos que osaron iniciar una conversación y en sus bocas se hizo visible el aliento.

- Hace mucho frío este año ¿eh?
- Sí... y esta noche va a ser terrible. ¡Desdichados los que tengan que dormir a la intemperie!

El venado viejo buscó algo que rumiar. Hacía ya algún tiempo que apenas comía pero eso no era lo peor. Lo peor era el dolor intenso en una de sus patas. Tal vez fuera una astilla. Sus ojos, fijos en la blancura que lo envolvía todo, no vieron sino los días pasados, cuando era más joven y fuerte... y a falta de otra cosa – porque no había hierba por ninguna parte – lamió una vez más su propio morro escarchado y el pelo tieso y helado de su lomo. En su interior, sabía muy bien que pronto vendría la noche. Una paz blanca se hizo dueña del paisaje. Las montañas se llenaron de solemnidad. Silencio, silencio por todas partes roto, si acaso, por el rumor de algún hocico escarbando en la nieve. En general, ordenó a todas las criaturas que estuvieran quietas, ocultas, que no se movieran ni siquiera dentro de sus refugios aunque el hambre les quitara el sueño y les atenazara el cuerpo. Sólo los lobos salieron. Y los cuervos, fieles a su mandato, volaron sobre el mundo y una tarde encontraron al venado viejo que, tumbado de costado, yacía sobre la tierra congelada y contaba con resignación los copos que poco a poco le iban cubriendo.

Andando los meses sacó de su maleta celliscas y aires destemplados. Y las heladas llegaron en el momento oportuno... justo cuando algunos brotes verdes y algunas flores en los árboles, aprovechando un descuido, quisieron ilusionar anunciando frutos para el futuro. Él ya había previsto estos desmanes y en su maleta hecha de siglos traía el severo remedio: temperaturas muy por

debajo de cero. Arrasó todo sin compasión e hizo frío, hizo frío, hizo mucho frío... Hubo quien se frotó las manos y miró a los cielos anhelando que los días pasaran pronto sin darse cuenta de que, al mismo tiempo, lo que anhelaba era que la vida pasara enseguida. Pero las uñas turraban tanto...

Y así un día, y otro, y otro, y uno más... ¿Pudo alguien contarlos?

Una mañana, con las primeras luces del alba, el cárabo vio nubes muy altas que se alejaban. Quedaban, sobre los campos, algunos retales del manto blanco que, gota a gota, desaparecían con el deshielo. Cerca de una colina, sobre lo que parecía un prado, varios cuervos picoteaban los huesos de un venado viejo, muerto hace tiempo, y a poca distancia un tallo verde salía tímidamente a la luz entre los restos de nieve.

El cárabo agrandó los ojos y lanzó un grito como diciendo... ¡Adiós Hiemis, hasta el próximo año!

Nunca supo si en verdad, lejos como estaba ya, le oyó el INVIERNO...

“Mariposa de cera” de Gisela Vanesa (Argentina)

El 21 de junio de 2006 llegó a la Argentina, convertida en una mariposa de cera porque supo que aquí comenzaba el invierno y entonces no iba a derretirse. Llegó con ese disfraz débil sabiéndose protegida por la frialdad del clima pronosticado para todo nuestro invierno. Había recurrido a una mujer que, en su pueblo europeo, consideraban un hada como la de los cuentos, porque cuando te rozaba con su caricia de aliento y fuerza, cada uno de sus dedos era una vara que te transmitía toda su magia, como algunos escritores intentamos hacer con la literatura, muy a pesar de que nuestras causas a veces se encuentren en adversidades durísimas.

La mariposa de cera es una mujer como todas con respecto al género, pero única como todas las mujeres. Su particularidad es llevar disfraces para que no la tomen por sorpresa con su sensibilidad exacerbada que, así como la hace disfrutar del gorrión que canta y pide auxilio a su mamá, también la hace sufrir hasta cuando se cae una hoja en otoño. Y cuando algún hombre moderno, no sabe expresarle su amor como ella sueña.

Vino para Argentina, desnudita casi ella, vestida de mariposa, pero con su característica sensibilidad. Vino de cera, porque aquí comenzó el invierno cuando ella arribó en el aeropuerto de las crisálidas que se estaban desembarazando de sus capullos protectores para salir a volar con su esencia. Así fue que sobrevoló muchos edificios, estuvo en muchos jardines, y hasta se sintió como en su casa cuando en el vivero de invierno de una señora porteña, descubrió un enorme lazo de amor del cual colgaban muchas ramas en cuyos extremos había otros lacitos, los hijos de la planta. Permaneció sobre esas hojas verdosas con vetas blancas casi todo el invierno, observando con deleite cómo la lluvia en Buenos Aires era espesa y dibujaba salpicaduras de vida sobre los vidrios esmerilados de las ventanas. Sin embargo, la mariposa de cera era el producto de un hechizo protector que -ella no sabía- podía quebrantarse en dos oportunidades: si durante el invierno de Buenos Aires una corriente cálida y tibia la rozaba con sus rayos, y si no regresaba a su pueblo andaluz el día en que aquí culminaba el invierno. Sucede que ese hechizo aquí es fácil de quebrar, porque andamos todos muy enamorados y necesitados de abrazos cuando las temperaturas invernales nos mantienen cautivos adentro de nuestras casas, mirando películas de amor y tomando mates con facturas.

Y la mariposa de cera una tarde no pudo evitar querer vivir su libertad. Se despidió del lazo de amor, no sin aconsejarle a esa madre que dejara que sus hijos se desataran de ella e hiciera su propia planta y sus propios hijos, y se echó a volar a la deriva. La asombró un hombre que, sentado en la orilla del Río de la Plata, contemplaba las ondulaciones del agua, con un dejo de tristeza. Se acercó a él, despacito. Se posó sobre un manto de pasto que lo rodeaba. Y continuó observándolo. Cuando atisbó una lágrima de plomo en su ojo izquierdo, cuando leyó de perfil una carta de despedida, comprendió que para ese hombre sería siempre invierno si no recibía un abrazo de inmediato. Porque había perdido a alguien a quien amaba, alguien que lo hacía vivir en primavera. Se posó sobre su hombro. Él giró desconcertado para verla. Tendió su mano como insinuándole que se posara sobre la palma. Ella no dudó. Sobre las líneas del destino de ese

hombre, la mariposa de cera desplegó sus alas. Él se sonrió. Ella se derritió. Porque es así como se sonríen las mariposas de cera.

Más tarde, una mujer estaba sentada en la ribera del río observando cómo la corriente de agua espesa se asimilaba a un cabello rizado. Tomó su cuaderno y cuando comenzó a tomar nota de su literatura inmediata, una mariposa llena de colores, se posó sobre el último renglón, a la par que el hombre de la carta y de los ojos tristes se acercó a su espalda, le cubrió sus ojos y le preguntó: ¿a qué no sabes quién soy? Y ella, que sí, “eres tú, mi serenata, mi primavera, el mago que rompió un hechizo sólo franqueable con el amor”. Desde entonces, cuando en Argentina es verano, otoño o primavera, ellos viajan a algún lugar del mundo donde comienza el invierno. Para abrazarse mucho más. Para derretirse y sentirse mucho más humanos.

“Un dolor helado” de Javier López (Argentina)

Como todos los años cuando llegaba el invierno Mariana viajaba al otro hemisferio para disfrutar del verano. Se había casado a los veinte y siendo su esposo un poderoso empresario se acostumbró a viajes y al lujo sin límites.

Desde entonces nunca pasó un invierno. Cuando llegaba el fin del verano en España, Italia, Grecia o algún país del Mediterráneo, ella viajaba hacia Sudamérica o el Caribe; viviendo alternativamente por temporadas en Argentina, Uruguay, Brasil, Venezuela, Jamaica o República Dominicana.

La esposa del gerente de una de las empresas de su esposo la invitó a realizar un crucero por el sur de Argentina y Chile; le respondió con premura:

- Ahí siempre hace frío, yo viajo a lugares cálidos, no me gusta el frío.

En realidad de pequeña había sufrido una pulmonía, que casi la lleva a la muerte; sus pulmones quedaron muy débiles y de ahí en adelante su cuidado por el frío fue excesivo.

No tuvo hijos, por lo que su estilo de vida no conocía de impedimentos.

Pero un día el invierno llegó de golpe y no fue por el clima, fue el invierno de su vida. Su esposo Marcelo sufrió un accidente automovilístico y quedó postrado. Los médicos fueron contundentes, debía quedarse en el país, internado por un plazo de 2 meses y recién entonces podrían realizarse las primeras conjeturas ciertas sobre su futuro. Ella presentía que ya no se pondría de pie.

Los negocios quedaron en manos de su abogado que tenía un poder legal y ella no necesitó ocuparse para nada.

Pasaban los días y la evolución de su esposo era mínima, inexistente. El Dr. Jorge Jukes manifestaba que había un pequeño adelanto en cuanto a su actividad cerebral. Pero él solo miraba, nada decía, no había mensajes, solo silencios.

El frío llegó y Mariana fue hasta una tienda a comprarse un abrigo. Al momento de pagar sacó su infaltable tarjeta oro, que cubría todos los gastos de su hasta entonces antojadiza vida. La empleada probó una y otra vez y el sistema se la rechazaba, entonces le dijo:

- Señora, esta tarjeta no tiene fondos.
- No puede ser, pásela nuevamente, debe haber un error.

Salió indignada del negocio, despotricando contra la empleada; que según ella no sabía utilizar el aparato aquel que otorgaba las autorizaciones.

Una ráfaga de viento, le hizo sentir algo, que hacía muchos años no padecía, era frío. “Que duro pensó”. Caminó unas cuadras y entró a otro comercio, esperando tener más suerte con su tarjeta; pero sufrió un nuevo

desaire. Debía pagar en efectivo y tenía muy poco, en realidad nunca lo había necesitado.

Contó los billetes de espaldas a la empleada, porque no estaba acostumbrada y le daba mucha vergüenza. No le alcanzaba para ningún tapado, ni saco, ni pulóver; en aquel lugar todo era caro.

Se marchó, mas no le quedó otra opción que entrar a una feria y comprar un saquito discreto, que aparentaba más de lo que era.

Volvió al sanatorio y la empleada de administración al verla ingresar, la llamó:

-Señora Brashier, Señora...

Mariana iba distraída, seguramente pensando en su tarjeta. Se preguntaba ¿Qué pasaba?. Al escuchar el apellido de su esposo, se volvió y preguntó:

-¿Me llamaba?

-Si señora, hoy es el último día del mes y necesito que cancele la cuenta corriente.

-Por supuesto.

Ingresaron las dos a la oficina y Mariana sacó su tarjeta, sin pensar por un instante que pudiera ser denegada. Su fortuna no cambió, la empleada la probó tres veces y le dijo:

-Debe haber un problema en la línea, es raro, porque recién pasé una. Mañana volvemos a intentarlo. Gracias Señora.

-Por nada, mañana paso

Al llegar a la habitación tomó el teléfono celular y se fue para el baño. Marcaba insistentemente el número del celular de su abogado, que no respondía. No se animaba a desconfiar, pero sentía que algo estaba pasando.

Al otro día fue al hotel donde siempre se hospedaban y canceló la reservación. Cuando quiso pagar, la tarjeta no sirvió. Por primera vez mintió:

-Busco otra que tengo en el Sanatorio y vuelvo.

El encargado del hotel, le hizo una seña imperceptible al empleado, para que la dejara ir.

En la oficina de su abogado encontró un cartel de “se alquila”, que le indicaba que ya no trabajaba allí. Habló a Barcelona, a la casa central del Emporio Brashier. Pidió por la secretaria de su esposo y esta la atendió:

-Señora Mariana, ¿Cómo le va?

-Pésimo, mi esposo está internado, me desprecian la tarjeta y no tengo efectivo.

-¿Qué dice? ¿El Señor Marcelo aún está internado?, nos habían dicho que ya tenía el alta y se habían ido a Cancún.

-¿De qué Cancún hablas? Estoy congelándome en Buenos Aires. ¿Qué pasa con la tarjeta?

-Lo que sucede es que la compañía fue vendida y esas tarjetas caducaron.

Mariana gritó, ahogándose en su llanto, confirmando sus sospechas, "ya nada tenía".

Fue al hotel y le pidió al gerente abriera su caja de seguridad, él dijo:

-falta la llave de su esposo.

-Aquí la tengo.

Aquel señor colocó su llave y Mariana la suya, ilusionada en encontrar algo. Halló un collar hermoso que había usado muchas veces, un anillo, un sobre con dólares, una póliza de seguros, tres pares de gemelos de oro, una alianza, un prendedor y una llave con un hilo azul y una tarjeta con el número 17.

Le preguntó al gerente:

-conoce un buen joyero que me compre este collar.

-la acompaño si quiere, parece muy valioso.

Vendió el collar, pagó la deuda en el hotel, se compró un tapado, y se puso al día en el sanatorio. Pidió una entrevista con el médico.

Al rato el facultativo se presentó y ella le preguntó:

-¿Cuánto tiempo va a estar así mi esposo?

-Días, semanas, meses...

-¿tal vez años? Verdad.

-Puede ser, nada es seguro.

-Si lo retiro del sanatorio puedo llevarlo a mi casa y ponerle una enfermera.

-Deberá tener una cama ortopédica y alguien que le pueda suministrar la comida y los medicamentos,

-En unos días me lo llevo; pienso que en este lugar le va a costar recuperarse. Tenemos una cabaña en la playa, va a estar mejor.

Sabía que tan solo podría pagar un alquiler y el sueldo de una enfermera por un tiempo; hasta aprender bien su trabajo y reemplazarla ella misma.

El frío del invierno le pegó muy duro. Salir a la calle a buscar provisiones, sacar la bolsa de residuos, levantarse de madrugada a inyectar a su esposo.

Por la noche su cama vacía se parecía a una heladera, y los pies se le congelaban. Añoraba los soleados días en alguna playa del Mediterráneo, del Caribe o de Brasil.

Se le terminaban los fondos, debía trabajar en algo en su casa; no podía dejar a Marcelo solo.

Empezó a tejer, lo había hecho de niña y le pareció podía ser una salida. Compró lanas, revistas y libros de tejido. Terminó su primer pulóver con esfuerzo y la ayuda de Silvina, una vecina que entendía del tema. Ella misma se ofreció para vender las prendas.

Mariana volvió a vivir, como la mayoría: trabajando, cocinando, limpiando, atendiendo a su esposo; con los conflictos comunes: “llegar a fin de mes con el dinero”, “¿Cuánto gastar?”.

Su fantasía sin inviernos, era ahora una realidad con muchos inviernos, aunque afuera la temperatura fuera cálida.

Una noche buscó unas fotos de “un verano en Grecia” en un cajón y encontró un par de gemelos de su esposo, “por si algún día vuelve” decía ella y también descubrió la llave, la fría llave con el número 17, su única esperanza para salir de ese invierno...

“Nieve” de Marta Blanco (España)

La niña cogió en las manos aquella bolita de cristal, la giró varias veces y la volvió a poner como al principio. Observó entonces aquellas motas blancas caer delicadamente sobre la ciudad en miniatura.

Sus ojos se abrían expresivamente y sus labios se curvaban en una sonrisa somnolienta. Así debía de ser la nieve, pensó. Le había contado su abuelo, en las reuniones de la plaza subterránea, que cuando él era joven, y el hombre aún vivía sobre la Tierra, el cambio de las estaciones lo marcaba el planeta. La primavera y el otoño eran momentos de transición en las que todos los seres vivos se preparaban para las estaciones fuertes. Pero en unos pocos años, y sin que la gente se hubiera dado cuenta realmente del desastre, la primavera y el otoño fueron desapareciendo sucumbiendo ante la primacía del verano. Los noviembreros comenzaron a volverse calurosos y los humanos andaban tan desorientados como los árboles que echaban sus flores a destiempo.

Poco a poco dejaron de verse las grandes nevadas que cubrían la tierra de blanco. Hasta que el invierno dejó de existir para siempre. Y el sol se hizo tan abrasador que el hombre hubo de buscar refugio en las entrañas de la Tierra.

Se asomó a la ventana con la bola en las manos. Suspiró. Estaban a finales de diciembre, y las luces de Navidad invadían las calles de su ciudad subterránea.

Agitó otra vez la bola en sus manos y observó. Sí, se dijo, debió de ser muy hermosa la nieve.

“El buhonero” de Ana Torres (España)

Todos pensamos que era una gran suerte que pasara por nuestra aldea justo antes del invierno. Nos hacían falta mantas y comida enlatada para poder sobrevivir hasta la primavera, y sabíamos que lo traía todo en la parte de atrás de su enorme cacharro.

Los inviernos en el refugio eran fríos, demasiado fríos, y eternos. La mejor opción era encerrarse detrás de la Gran Puerta Redonda todos juntos, a esperar que pasara. En menos de cuatro días se helarían hasta las piedras, sería casi imposible salir. Incluso el mecanismo de la Gran Puerta se congelaría. Mejor así: era la única época del año en la que podíamos vivir en paz, cada tribu encerrada en su búnker, sin luchas, puesto que no había nada por lo que luchar hasta que saliera el sol de nuevo. El problema era aprovisionarse para tanto tiempo. Ese año el buhonero se había hecho esperar tanto que algunos habían perdido la esperanza. Pero al fin llegó.

El buhonero era un hombre de cierta edad, con una mueca pintada en la cara, de mirada desconfiada. Recorría cada rincón, vendiendo a todas las tribus. Era el único neutral en ese mundo caótico. Salió de su furgoneta (si es que aún se podía llamar así a ese amasijo de metales con cuatro ruedas deshinchadas), y abrió la puerta de atrás. Al instante dejó de verse el vehículo: todos se habían agolpado, se empujaban unos a otros buscando las mercancías. El comandante tuvo que poner orden. Cesó el bullicio. Entre él y el mercader repartieron todo aquello que podíamos necesitar. Después, siguiendo la costumbre, invitamos a nuestro salvador a cenar y a descansar. Como el dinero ya sólo servía para que los niños jugaran a construir torres, pagábamos al extraño con comida, lecho y atenciones durante tres días. Él mismo lo había elegido. Después se despedía y ya no le veíamos más hasta el año siguiente.

Aquella noche, como siempre, el comandante organizó una gran celebración “para honrar a nuestro más querido amigo”, como él siempre decía. Le gustaba llamarle así, aunque no le tenía ningún cariño especial. Todos sentíamos gratitud hacia aquel hombre arisco, pero apenas ningún aprecio. Se había convertido en una rutina más del año.

Se cocinaron los últimos trozos de carne fresca, se sirvieron las únicas frutas de la despensa (reservadas especialmente para la ocasión), corrió la cerveza. La gente cantaba y comía, gritaba y bailaba. Hasta los heridos se unían cuando el buhonero venía. Había mucho que celebrar.

Pero desde el centro de la mesa, nuestro invitado, como siempre, permanecía impasible. Parecía una estatua colocada allí, inmóvil. Incomprensiblemente, pasaba desapercibido, como si desapareciera. Sólo sus ojos hacían ver que estaba vivo, reflejando una mirada cansada y profunda, meditabunda, que sin embargo parecía animarse interiormente cuando le acogíamos. Era extraño, impenetrable.

Durante los tres días que siguieron la fiesta no paró. Le ofrecimos lo mejor que podíamos darle, y siempre lo aceptó con un asentimiento de cabeza. Nadie se atrevía a entablar conversación con él, casi ni a acercarse, y tampoco él parecía muy interesado, así que simplemente se aceptaba que le habían agradado.

El último día de aquel año, como era tradicional, todas las familias se reunieron en el salón principal para presentar sus regalos al buhonero ordenadamente. Comida fresca, combustible... Todo lo que podía necesitar en su largo viaje y que no transportaba ya. Era más un ritual que una forma de agradecimiento. Él los recibía extendiendo la mano. Y así la fila avanzaba y avanzaba.

Por fin le tocó a mi familia. Estábamos todos, los cuatro. Mi madre se arrodilló y tendió un bulto envuelto en un pañuelo rojo. El buhonero alzó las cejas con visible interés; le pidió que lo abriera. Entre los pliegues de la tela comenzó a aparecer una cajita de metal brillante, pintada a mano con flores, árboles y animales silvestres. Un murmullo comenzó a crecer a nuestra espalda ante la cara de asombro del anciano.

- ¿Qué es esto, mujer?

-Es...es una caja – contestó mi padre con voz entrecortada – Mis... hijos quisieron agradecerle su ayuda pintando esas cosas que...bueno, que no suele ver en sus viajes. Por favor, no se lo tenga en cuenta, son sólo unos críos. Perdónenos – y también se postró.

El buhonero se agachó, cogió la caja y la examinó mientras se volvía a sentar. Sólo era una pequeña caja, pero la miraba como si el mundo estuviera dentro. Como si fuera un niño. Sus ojos se habían iluminado.

-Gracias – susurró. Y me pareció ver que una minúscula lágrima caía por su mejilla.

Al anochecer, cuando aquel hombre se subió en su cacharro y arrancó, algo había cambiado en él. Andaba con los ojos muy abiertos, su gesto ya no era arisco, sino relajado, hubiera dicho que incluso sonrió en algún momento. Ya no era aquel ser frío y distante, sino alguien como nosotros. Todos lo sentíamos, incluso él. Y le gustaba.

Su furgoneta se alejó haciendo un ruido espantoso a través de la colina. Mientras se alejaba, una mano salió de la ventanilla y se agitó. Fue su último adiós.

El año siguiente todos esperamos al buhonero con una sensación extraña. Por primera vez no sabíamos cómo sería el encuentro con él. Era impredecible, después de su despedida anterior. Le esperamos hasta bien entrado diciembre. Pero no vino. Y tampoco vino el invierno. Ni el año siguiente, ni el otro. Nos horrorizamos: perder al invierno significaba perder nuestra única época de paz. El comandante envió mensajeros de paz a cada refugio cercano. Para nuestra sorpresa, regresaron diciendo que el invierno se iba y volvía todos los años en todo el resto de lugares, como siempre, pero nadie había vuelto a ver al buhonero. Uno de estos expedicionarios contó que en una comuna al sur habían encontrado su cuerpo muerto en mitad de la nieve, y lo más extraño era,

según contaban, que sonreía. El calor que le dimos le hizo vulnerable a las heladas y las nieves.

Sólo había un lugar sin invierno, sin necesidad. Nuestra región. Corrió la voz. Pronto la gente de las zonas cercanas empezó a ambicionar nuestro territorio. Ya no tenían quien les abasteciera durante el frío. Pasaban hambre, y comenzaron a agruparse para quitarnos nuestro territorio. Atacan continuamente. Ya no les importa que sea invierno en sus regiones, pues conquistarnos es su única oportunidad de poder vivir el siguiente. No les culpamos por ello. Nosotros le matamos. Eliminamos sin querer lo único que nos unía a todos.

Ya sólo nos queda sobrevivir. Daríamos cualquier cosa por volver a estar meses encerrados bajo tierra, por pasar frío, por volver a ver al buhonero. Daríamos cualquier cosa para que volviera el invierno.

“En aquel frío pueblo de invierno” de Araceli Beltrán (España)

Cuando la sierra de El Pinar estaba nevada; cuando el cerro Verdugo permanecía neblinoso hasta el mediodía; cuando el aire frío le cortaba el aliento y sus dedos se enrojecían e inflamaban, sabía Penélope que había llegado, sin remedio, el invierno. Los braseros de carbón eran encendidos, muy temprano, en los patios interiores o en las aceras de las casas. Salvo aquellas que disponían de chimeneas, ciertamente escasas, los braseros de carbón se convertían en el único medio calefactor de las frías casas de la montaña.

Con el cuerpo encorvado y embutido hasta la nariz en prendas de abrigo, los habitantes de aquel frío pueblo de invierno se desplazaban temprano hacia su trabajo, en el campo o en las fábricas de curtidos de la piel. Bordeando algún que otro brasero humeante, escuchaban al vendedor de panecillos con su pregón calido y con su delicioso olor a pan recién sacado del horno, transportado en una cesta cubierta por un paño blanco.

Aquel era un pueblo de invierno. La crudeza invernal era tan elevada que comenzaba a sentirse en el otoño y perduraba hasta bien entrada la primavera. Un invierno mucho mas largo de lo que marcaban las estaciones del año. Podría hablarse de un pueblo frío de invierno y de un pueblo fresco de verano. En aquella larga época invernal, sus habitantes se reducían a la esencia de los hijos queridos y amantes del lugar. Durante el verano, llegaban numerosos forasteros atraídos por el clima fresco y por los bellos parajes naturales, o bien emigrantes que realizaban una visita nostálgica. Asimismo, en un pueblo agricultor como aquel, muchas familias tenían casas de campo, a las que se desplazaban apenas comenzaba el buen tiempo. Por ello, en el invierno, aquel era el pueblo genuino, arropado por el frío reinante, que mantenía los lazos de unión de todos, perpetuando su propio estilo de vida a través de los siglos.

Por aquel frío pueblo de invierno, acostumbraba a pasar Penélope por las mañanas, muy temprano, con dirección a las casas de los maestros. Bajaba las empinadas calles, conteniendo el aliento, como el buceador que fondea aguas esperando salir a la superficie para poder respirar. De vez en cuando, inspiraba un poco de aire helado y éste entraba en sus pulmones como un puñal. Cuando llegaba a su destino, inspiraba profundo, se despojaba de su abrigo de lana, de sus guantes y bufanda, que le simulaban sedas ligeras, porque nunca conseguía entrar en calor. Terminado el ritual, comenzaba una retahíla interminable e ininterrumpida, que concluía inexcusablemente a las 8,30 de la mañana, porque los maestros tenían que prepararse para comenzar sus clases en la escuela.

Penélope volvía a embutirse en su inútil ropa de abrigo y subía las cuestas empinadas que le llevarían a su hogar, algo más cálido que antes. Un buen desayuno y se disponía a pasar la mañana y la tarde en el sobrado, memorizando datos que, a veces, vertía en voz alta, reiteradamente, como un ensayo de la nueva retahíla de la tarde noche.

Un tímido sol de mediodía se colaba por el balcón cuando Penélope se decidía a salir a contemplar el escaparate de aquel frío pueblo de invierno. -El mejor momento del día- se comentaba a sí misma mientras observaba las nevadas sierras de alrededor. Los pinsapos ofrecían una belleza sin par al fondo de aquel paisaje de ensueño, imposible de plasmar en la mejor paleta de pintura. El movimiento acompasado de las ramas le otorgaba vida y música y era difícil subyugarse al perfume de las hojas secas y de la madera humeante en hogueras encendidas para paliar el frío invierno, que trataba de compensar su rigor con aquella armonía inigualable.

Pronto llegaba el atardecer y, cuando comenzaba la noche, Penélope iniciaba otra vez el mismo recorrido de la mañana con destino a la casa de los maestros, dispuesta a cantar de nuevo, por una cantidad módica, lo que había aprendido a lo largo del día. Entretanto, el maestro, cansado del día intenso y muchas veces ignorante de lo que oía, disimulaba hundiendo su vista en el texto que aquella le decía de memoria.

La noche era oscura y fría, aunque no tanto como la mañana. Aún así, los días en que las nubes descansaban, rutilantes estrellas de invierno se posaban en las cimas de las montañas, que simulaban monstruos al anochecer. Un buen día, en aquel frío pueblo de invierno, mientras Penélope disfrutaba del momento único del mediodía desde su balcón, observó a su vecina Carmen, que llamaba a la puerta de su casa y hablaba con su madre.

- Ana, no sé como decirle. Estoy preocupada. Hace algún tiempo que escucho a su hija Penélope en el sobrado, como si estuviera rezando. A ver si va a estar malita la niña. No sabe Usted el apuro que me da decirle esto.
- Yo no la he oído, Carmen. Pero, muchas gracias. Ya hablaré con ella.

Penélope, que había oído la conversación desde el balcón, se internó rápidamente en la habitación, muy sorprendida. Poco después, estuvo a punto de soltar una carcajada, pero pensó que, si su vecina la oía a través de las paredes, iba a decir que estaba loca y se contuvo. A la hora del almuerzo, sintió como la observaba su madre. Sabía que, de un momento a otro, le comentaría algo de la observación de Carmen. A los postres, llegó la pregunta esperada y Penélope fue contundente:

- Mamá, yo tengo que estudiar. Unas veces, lo hago en voz baja. Pero tengo que ensayar luego, en voz alta, la lección que tengo que exponerle a los maestros.
- Bueno, pero procura hacerlo más bajo, vayas a molestar a Carmen y, además, tú sabes lo que habla la gente de los pueblos. Después de que eres la única que se te ha ocurrido estudiar algo más de la Enseñanza Primaria, te van a tomar por loca.
- Tengo que seguir haciéndolo, Mamá. Es bastante difícil aprender por mí misma el Bachillerato. Hay muchas materias que no entiendo y me las aprendo hablando como si fuera mi propia profesora.
- Pues, si te parece, te arreglo una habitación en la parte de dentro y, con eso, no tiene que escucharte nadie.

A sus doce años, Penélope aceptó resignada la decisión de su madre y se trasladó a otra habitación del sobrado, en la parte trasera de la casa, que por fuera daba a la intemperie. Se acabaron las bellas vistas de aquel frío pueblo de invierno. Una pequeña ventana la obligaba a estudiar con la luz artificial a todas horas y, en los días más crudos del invierno, podía mojar sus manos con la humedad que transpiraban las paredes.

En aquel frío pueblo de invierno, Penélope repetía, todos los días la misma rutina: cena a las nueve, cama a las diez y a las cinco de la mañana se levantaba para repasar aquellas lecciones que, dos horas más tarde, repetía de carrerilla. A esas horas no había brasero de carbón, pero le gustaba arrojarse con un abrigo de lana, que su bisabuela usaba a comienzos del siglo XX. Una manta en las piernas y, a veces, otra en los hombros, le hacían soportar mejor los fríos implacables de aquel pueblo invernal.

Los años pasaban. Cuando los crudos días de invierno daban paso a la primavera y ésta estaba a punto de concluir, Penélope se desplazaba a la ciudad con su padre y se examinaba de las asignaturas del Bachillerato, en las que obtenía altas puntuaciones. Cuando concluyó los cuatro años del Bachillerato Elemental, habiendo ya demostrado que, a pesar de ser mujer, merecía seguir estudiando, ingresó en un internado para cursar el Bachillerato Superior y comenzó el éxodo temprano y definitivo de aquel frío pero querido pueblo de invierno. Posteriormente, concluyó una brillante carrera universitaria. Entrado ya el siglo XXI, cuando había muchas licenciadas universitarias, en una edición navideña de “El Noticiero”, que publicaba el Ayuntamiento, se preguntaba en un crucigrama el nombre de la primera mujer licenciada universitaria del lugar.

Y es que, con el tiempo, en aquel frío pueblo de invierno, las circunstancias habían cambiado sustancialmente. Habían construido un Instituto de Bachillerato, al que llegaban alumnos de otros pueblos cercanos, acabando con la exclusividad de las gentes del antiguo pueblo de invierno. Nuevos aires de modernidad se fusionaron con las costumbres de antaño. Nuevas vías de comunicación posibilitaron un trasiego continuo de gente diversa. Los inviernos se volvieron menos fríos con las nuevas tecnologías y la tolerancia y la igualdad de oportunidades se incrementaron día a día. Había desaparecido aquel frío pueblo de invierno para dar paso a un único pueblo, más habitable, solidario y culto. Aún así, cuando la sierra de El Pinar estaba nevada, cuando el cerro Verdugo permanecía neblinoso hasta el mediodía, cuando el aire frío cortaba el aliento, todos sabían que había llegado, sin remedio, el invierno.

“Él, hijo de” Ana Jácome (Méjico)

Excéntrico y riguroso arrastra los pies congelados por el pavimento. Lleva unas dos semanas por estos rumbos. De acuerdo a su presencia pronosticada andará, entre los pies planos de ésta y otras calles, hasta mediados de Marzo. Como otros años, golpeará vidrios y helará esperanzas. Perseguirá parejas y abrazará infantes. Rondará las plazas donde, por exceso de almas, no se le permite entrar; se sentará en las bancas a leer los diarios, soplará el calor de las bebidas, comerá helado de vainilla, de fresa y chocolate (siempre separados). Por las noches, solo en el parque, admirará el cielo. Sus múltiples brazos, en auténtico milagro, tocarán cada ventana de la ciudad. Frente a la catedral él y el alumbrado público recordarán.

Era sobre verdes prados, que en ese entonces entonaban con el amarillo, donde llegaba la nieve a refugiarse. Era sobre ramas de pinos y castaños que ejecutaban sus danzas los vientos helados. Entre piedra y caminos de tierra andaban sus pasos los hombres abrigados. Deslizaba los mantos la blanca musa rodeando las granjas y los campos arados. Frente al cálido hogar prendían las llamas la piel serena de algún viejo árbol, la madre esmerada en la sopa caliente, los críos de cara al fuego escuchaban al abuelo. Cerradas las puertas a la noche plagada de estrellas, alientos entonados desde las chimeneas. Y el viento entraba bajo las mantas y la piel se sentía bendecida, acribillada.

El foco de la esquina dejará escapar partículas luminosas que acabarán los recuerdos, terminan los prados y de los pinos los abrazos. Es sobre la gris constipación citadina que se esmeran los vientos en recobrar sus caminos y que busca la musa parques enjaulados para danzar sus mantos blancos. Es entre las sombras de edificios e iglesias en donde él, como cada año, planea productivos meses helados. Se suelta los motivos blancos, revolotearan hasta la madrugada para posarse sobre jardines y parabrisas. Como sea, pensará, me agrada la moda de ésta época. Prenderá un cigarro esbozando una sonrisa, a tres cuerdas una dama se frotará las manos. Él, extendido en una banca, en idilio con las pocas estrellas que el centro citadino respeta: esas de papel dorado en las puertas de las tiendas.

Ante los primeros esbozos de luz diurna tomará cada una de sus estrategias para evitar el calor solar en los brazos del indigente, en la espalda de la amante o las orejas de cualquier perro. Caminará por la avenida que lleva hasta aquel parque donde, hará unos cien años, dio mortal caricia a la mujer debajo del árbol. Esperará a que se llene con juegos y por un rato soplará estornudos a los tiernos infantes, besará los oídos de las preocupadas madres. Vestirá abrigo y cuchillo; hombres y mujeres tiemblan su filosa caricia. En algún local se detendrá a contemplar las nuevas del mundo y apreciará las labores de sus hermanos que se regocijan con los suelos implicados en el hemisferio boreal.

Hablarán de él en la radio. Por horas caminará sumergido en la breve duda de si los humanos se percatan de que no es cuestión de que él y los otros, hayan decidido alterar los cuántos y cómo de su estadía. Detendrá a algún paso presuroso para preguntar, no esperará respuesta, cómo se responsabiliza la raza

por la prolongación de los fríos y si, debiera él, replantear su agenda. Algún paso detenido lo mirará como se mira a un loco y proseguirá su prisa.

A mediados de Enero le llegará la nostalgia, se volverá más rudo, más implacable. Le sucede todos los años, cuando comienza a extrañar la facilidad del pasado. Con tanta extensión calorífica su tarea, en las pieles urbanas, se ha vuelto aburrida y es que abrigos, calefacción; ofenden su orgullo. Volverá a las orillas, a las casas de asbesto y lámina. Ahí sus dedos tocan corazones y provocan el roce corporal. Ahí sus risas cobran víctimas, con demasiada facilidad. Se sentirá hastiado de ojos llorosos y caras afligidas, querrá ser más cálido.

Como cada época fría, la ciudad se volverá más presión que gozo; con ágil ventisca se refugiará sobre aquellas porciones de terreno donde aún puede entretenerse en el sencillo juego de apretar corazones de roedor. Tan simple como quemar flores y sofocar raíces. En ese territorio, lejos de la ciudad, donde aún puede sumergirse en el placer que supone ser hijo del invierno.

“Carta a un nogal” de Rosa Vidal (España)

Querido Nogal,

Gracias por tu felicitación y por acordarte de este pobre almendro un año más. El jilguero que escogiste entrego tu mensaje puntual y sin incidentes, con lo que te lo mando de vuelta con mi respuesta.

Es uno de diciembre y estoy ya totalmente desnudo. Desde hace unas semanas he ido sintiendo como mi vestimenta se convertía en un manto de tonos marrones que primero cubrió el suelo y después voló lejos utilizando el viento como medio de transporte. Al llegar esta época del año, a diferencia de mis compañeros que están tristes, serios y poco habladores, mi sabia se altera y una sensación de felicidad inmensa recorre todos mis vasos leñosos.

El invierno, sin duda, mi estación del año preferida. Lejos quedan las horas inacabables bajo el sol asfixiante del verano, las lluvias torrenciales de la primavera y los vientos agotadores del otoño. Las frías temperaturas de estas tierras, las nieblas perpetuas y la visita esporádica una o dos veces al año de la nieve me hacen sentir más vivo que nunca.

Esta extraña preferencia entre los de mi especie, hace que muchos de mis amigos, incluido tu, me preguntéis a menudo por qué me gusta tanto el invierno. Hoy te daré la respuesta, simple y clara. Porque justamente hoy es mi cumpleaños, porque justamente hoy hace diez años nací aquí, dónde sigo instalado y de dónde no me moveré en toda mi vida, dónde tengo mis raíces, mi hogar, mi vida, mi pasado, mi presente y mi futuro. Pero, aunque determinante, no es está la única razón. Las horas oscuras se convierten en invierno en largas, incluso a veces interminables, pero al mismo tiempo, esto hace que valore mucho más los cálidos rayos del sol a mediodía, las visitas casi accidentales de los pocos pajaritos que en esta época visitan estas tierras y, como no, las visitas mucho menos frecuentes de mis dueños.

La paz, la tranquilidad, la calma que se respiran en el campo me transportan hasta un mundo casi mágico, perfecto, dónde nada ni nadie distrae mis pensamientos. Los visitantes curiosos de tierras extrañas, poco familiarizados con la vida rural, se convierten en simples casualidades, dejando cabida única y exclusivamente al aire más puro, fresco y sano que uno pueda imaginar.

Muy lejos quedan las sedientas tardes de agosto, la búsqueda casi imposible del más escaso y preciado bien, el agua, que cada vez está más abajo en el sustrato terrestre y que alcanzarlo me exige cada vez más alargar más las extremidades inferiores. Este sufrimiento se ve compensado en esta época por las suaves gotas del rocío, que cada mañana acarician mi piel sin falta y en días muy concretos, mucho más fríos y gélidos, por la visita de mi mejor amiga, la escarcha. Suelen ser visitas cortas, de horas solamente, pero intensas, con lo que raramente deshace las maletas para instalarse unos días en mi casa. En estos diez años de vida, creo recordar que en dos ocasiones se ha quedado unos cuantos días, dejándome siempre, eso sí, después de la visita más alegre y vital

que nunca, energía que, a su vez, me dura el resto del año, haciéndome muchísimo más productivo, tanto cuantitativa como cualitativamente.

Ya sólo me queda despedirme esperando una vez más que el ciclo inalterable de la naturaleza siga su curso natural y el año que viene, tal día como hoy, pueda volver a relatar un año más la llegada del anhelado invierno.

Me despido con el más cordial saludo y deseando algún día poderte conocer “en persona”.

Siempre tuyo,
Tu amigo,

El almendro

“Mi hermano Invierno” de Lylia González (Uruguay)

Hace ya algunos años, muchos... ¿cuántos?, pues... creo que dieciséis, andaba por este mismo camino, en una tarde de frío invierno, vísperas de Navidad y ese día significó tanto en mi vida que jamás quise cambiarme de barrio, me une a este lugar recuerdos imborrables, y además...

“En blancos y copiosos copos caía la nieve sobre la ciudad.-El espectáculo invernal no podía ser más espectacular, las calles, los árboles, las casas... todo lucía su immaculado vestido níveo.- Tras los cristales podían observarse rostros apacibles de niños extasiados presenciando tan magnifico espectáculo.-

El sol caía lentamente ocultándose sobre el horizonte, por momentos el reflejo de sus débiles, pero brillantes rayos reflejados sobre el tapiz invernal semejaban brillantes diamantes irradiando destellos luminosos.-Las luces de la ciudad se encendían lentamente impregnándose del colorido de sus guirnalda multicolores con formas navideñas.-En el aire se respiraba la cercanía de una Navidad blanca.-

Esa tarde caminaba distraídamente admirando los muñecos de nieve que presidían las entradas de las residencias, adornadas con miles de luces que resaltaban más aun su majestuosidad.-Si bien estaba cansada después de un agobiante día soportando gritos y chillidos de los chiquillos del jardín de infancia donde trabajaba, aun quedaba en mí espacio para poder concederme unos instantes de relax.-Sabía que al llegar a casa todo cobraría su forma habitual y seguramente mis hermanos menores comenzarían a importunarme como era su costumbre, luego vendrían los gritos de mamá y finalmente mi padre aprovecharía la ocasión para comenzar uno de sus acostumbrados y aburridos discursos de mal gusto.-Dentro de todo éramos una familia feliz, nos amábamos mutuamente, y yo creo que la fuerza de ese amor nos llevaba a parecernos a animales salvajes intentando marcar nuestro propio terreno.-

El frío era intenso, me arrebujaba dentro de mi abrigo y escondía mi cabeza dentro de un gorro de lana que había tejido mi abuela.-Al pasar cerca de un banco del parque, que atravesada cada día de camino a casa me pareció oír algo parecido a un llanto, busque con la mirada a mí alrededor pero nada pude ver a simple vista.-Avancé unos pasos y una vez mas llego a mis oídos el mismo sonido, esta vez detuve mis pasos y esperé en silencio alerta esperando volver a oírlo.-Éste no se hizo esperar, gire mis pasos entonces en dirección contraria y me acerqué hasta la casita de madera donde acostumbraban a jugar los niños.-

Allí también mis hermanos y yo habíamos jugado en nuestros años infantiles.-

Para mi sorpresa puede ver un montón de pelos casi dorados con un par de grandes ojos que miraban alerta hacia la entrada de la casita.-Era un perro grande, no era muy conocedora de razas así que no pude saber a cual pertenecía, tenia ojos tristes, se lo observaba alerta.-Al acercarme hacia él levanto vivamente la mirada y alzo sus largas orejas, abriendo su boca pude admirar sus blancos y grandes dientes que comenzaban a asonar en señal

inequívoca de peligro.-Nunca fui muy afecta a las mascotas, sinceramente siempre me inspiraron temor, así que al ver que se trataba de un animal, simplemente retrocedí, pero al intentar girar para desandar el camino, el mastín se lanzó sobre mi derribándome contra el suelo.-Seguramente pudo olfatear mi temor despidiéndose a borbotones de mi cuerpo tembloroso.-A pesar de su actitud no mostraba un apariencia tan fiera.-Grande fue mi sorpresa cuando tirando de mi abrigo intentaba conducirme hacia la casita de madera.-Fui levantándome intentando no hacer ningún movimiento que pudiera alterar al animal.-Ya en pie lo seguí hasta el sitio hacia donde era conducida, a decir verdad no sé que fue lo que me empujó a obedecerlo, aunque pasados unos minutos comprendí el por que a veces los animales se muestran mas inteligentes que los humanos.-

Al llegar a la puerta de la casita pude oír claramente otra vez un llanto casi apagado que parecía venir de entre unas mugrosas mantas que en una época seguramente habían sido blancas.- Me acerque cuidadosamente, intentando no hacer nada que pudiera molestar al animal que no me quitaba la vista de encima.-Al apartar las mantas pude observar la hermosa carita de un bebe recién nacido.-Su piel se mostraba demacrada, la palidez cubría su rostro y al levantarlo puede observar como su cuerpecito tiritaba de frío.-Entonces entendí el porque ese perro cubría con su cuerpo el del niño infundiéndole calor.-Muchas veces es posible aprender del instinto de los animales, en su rudeza suelen ser mas sensibles e inteligentes que los humanos.-Mil cosas pasaron por mi mente en fracción de segundos, preguntas sin respuestas, y finalmente una incógnita... ¿qué debía hacer?.-A velocidad de la luz atravesé el parque y lleve conmigo el bebe a mi casa, al llegar con el en brazos los ojos de mi familia puestos en mi lanzaban como dardos preguntas a las que de momento no podía responder.- Mi madre mas acostumbrada que yo al hacer con los niños cogió al pequeño de mis brazos y lo frotó suavemente pero con firmeza, intentando calentarlo, luego lo coloco contra su cuerpo, cerca de la estufa a leña que dominaba la sala.- Con voz calmada y firme mirada me dirigió a la cocina en busca de un biberón caliente y lo alimento.-

El pequeño lentamente fue recuperando el color en sus mejillas y se abandono en brazos del sueño.- Ese día frío de invierno se convirtió de pronto para mi familia en un cálido día de primavera pleno de promesas e ilusiones.- Los días pasaron y nadie denunció la desaparición de un bebe recién nacido, por lo que sacamos en conclusión que su madre lo había abandonado, quien sabe por que razón.-Con el transcurso de los días fuimos depositando en él nuestro cariño y dedicación y cosa extraordinaria con su llegada acabaron las peleas y disputas en mi familia.- Fue como una especie de milagro que llego a nuestras vidas regalándonos su inocente calor.-

Mamá lo bautizó con el nombre de Invierno, a partir de su llegada a nuestra casa, esa fría y árida estación se convirtió para mi familia en cálida y agradable.- Pero no solo Invierno se quedo a vivir con nosotros, otro nuevo personaje hacia su aparición irrumpiendo en nuestras vidas.-Aquel montón de pelos dorados paso a ser también integrante de nuestro clan.- Fue acogido con mucho entusiasmo, sobretodo por mis pequeños hermanos.-Ese invierno fue memorable para todos, pues de alguna manera marco nuestras vidas y nuestros destinos para siempre.-

Hoy nuestro hermano pequeño, Invierno, es un joven alto, rubio, de grandes ojos como esmeraldas, quien representa la tibieza y el calor del invierno en nuestras vidas logrando inundarlas de irradianes rayos de luz.-

Con el paso de los años fuimos cumpliendo años, pero también hemos cumplido una maravillosa misión: Dar amor y cobijo a quien lo necesito en su momento, por lo que el invierno nos ha premiado con un tesoro de incalculable valor...”

En esta nueva Navidad celebraremos un año más la llegada del invierno, pero también el aniversario de nuestro pequeño hermano: Invierno.-

“Sigue siendo invierno” de Alejandro Simón (España)

Cuando las hojas de los árboles han finalizado su acción suicida para que los poetas puedan martirizarlas con su paso lento y cadencioso comienza a sentirse el suave aliento del invierno.

- ¿Qué te pareció la representación?
- Como todos los años.

Y es que don Juan siempre va a morir a los pies de doña Inés en noviembre mientras que el invierno asoma por entre los rescoldos que hacen crujir la cáscara de la castaña al fuego de la misma forma que lo hacen las hojas secas del paseo.

- Me voy.
- ¿Adónde?

En las calles de París las hojas caen de la misma manera que lo hacen en Málaga, y crepitan y se quiebran y se hacen añicos, como en todos los lugares del mundo donde el invierno hace acto de presencia con su alfombra desfasada de la estación anterior.

- ¿Busca una oportunidad, amigo?

Los poetas tienen un territorio propio donde siempre es invierno; su trabajo consiste en hacer estallar el fruto de la primavera.

- Pues sinceramente, déjeme que le diga, que la inspiración está en todos los lugares donde haya invierno.

Pasear por las calles de la ciudad de la oportunidad para los artistas debe de ser deprimente si los dedos de las manos pasan más tiempos buscándose los unos a los otros que entre la herramienta escribiente.

París. Poeta. Sigue siendo invierno.

Cuando el frío cala demasiado hondo, allá donde toca el corazón de la desesperación y el desastre, el poeta vuelve a sus orígenes para volver a ver como don Juan busca su mirada en la apartada orilla de su esperanza.

- Vuelves. Y, sin embargo, aquí sigue siendo invierno.
- Las hojas secas caen en todos los lugares del mundo donde existan árboles que pierdan sus hojas.
- Procura no deshojarte.
- Demasiado tarde; ya es invierno.

Málaga. Poeta. Sigue siendo invierno.

Cuando las hojas de los árboles estén preparadas para su acción suicida para que los poetas puedan martirizarlas con su paso lento y cadencioso, mientras eso siga ocurriendo, permanecerá por siempre el sentimiento verde del futuro para intentar llegar a la primavera; aunque para ello sea necesario pasar el invierno.